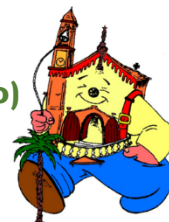




Parroquia Sagrado Corazón de Jesús (san Diego)
Cartagena
RECURSOS LITÚRGICOS



Domingo V del tiempo ordinario

Ciclo A

1ª Lectura

Lectura del profeta Isaías (58,7-10)

Así dice el Señor: "Parte tu pan con el hambriento, hospeda a los pobres sin techo, viste al que ves desnudo, y no te cierres a tu propia carne. Entonces romperá tu luz como la aurora, en seguida te brotará la carne sana; te abrirá camino la justicia, detrás irá la gloria del Señor. Entonces clamarás al Señor, y te responderá; gritarás, y te dirá: "Aquí estoy." Cuando destierres de ti la opresión, el gesto amenazador y la maledicencia, cuando partas tu pan con el hambriento y sacies el estómago del indigente, brillará tu luz en las tinieblas, tu oscuridad se volverá mediodía."

Palabra de Dios

Salmo responsorial (111)

El justo brilla como una luz.

El justo brilla como una luz.

En las tinieblas brilla como una luz,
el que es justo, clemente y compasivo.
Dichoso el que se apiada y presta,
y administra rectamente sus asuntos. **R.**

El justo jamás vacilará, su recuerdo será perpetuo.
No temerá las malas noticias,
su corazón está firme en el Señor. **R.**

Su corazón está seguro, sin temor.
Reparte limosna a los pobres;
su caridad es constante, sin falta,
y alzará la frente con dignidad. **R.**

2ª Lectura

Lectura de la primera carta a los corintios (2,1-5)

Yo, hermanos, cuando vine a vosotros a anunciaros el misterio de Dios, no lo hice con sublime elocuencia o sabiduría, pues nunca entre vosotros me precié de saber cosa alguna, sino a Jesucristo, y éste crucificado. Me presenté a vosotros débil y temblando de miedo; mi palabra y mi predicación no fue con persuasiva sabiduría humana, sino en la manifestación y el poder del Espíritu, para que vuestra fe no se apoye en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios.

Palabra de Dios

EVANGELIO

Mateo 5,13-16

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán? No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente. Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte. Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de casa. Alumbre así vuestra luz a los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en el cielo."

Palabra de Dios

MONICIONES Y ACCIÓN DE GRACIAS.

Monición de entrada

Vivimos en un mundo de luces artificiales. Brillan fuera de nosotros, pero muchas veces nos sentimos a oscuras en nuestro interior. El Señor nos ofrece, un domingo más, la verdadera luz capaz de iluminar no sólo nuestros cuerpos sino también nuestros corazones. Iluminados por esta luz, seamos nosotros también luz para los demás.

Monición a las lecturas

La Palabra de Dios nos invita este domingo a ser sal y luz para el mundo. Un discípulo de Jesús no puede ser una persona triste ni rendirse ante el mal, sino comprometida en la lucha por la justicia. Escuchemos esta Palabra que, a través de los profetas, de san Pablo y del mismo Jesús, nos invita a comprometernos por el Reino de Dios.

Acción de gracias.

Cuanto más me miro,
menos me encuentro.
Cuanto más me busco,
más perdido me siento.
¿De dónde viene este desazón
que corroe mi vida
hasta dolerme el aliento?
Pongo luces a la noche,
pero no hayo la luz
que ilumine mis adentros.
Devoro refinados manjares,
pero el colorido sabor
de sus condimentos
se tornan arcadas de insípido gusto
que abrazan mi vientre
bajo el negro peso
de una vida sin sabor ni sueños.
¿No es hora de levantar la vista
de mi hipnótico centro,
de mirar más lejos con renovado aliento?
¿No es hora apagar las luces
con las que oculto mis lamentos
y de exponerme al sol de la mañana
o a los atardeceres lentos?
Porque cuando dejo de mirarme, oh Dios,
es cuando te veo.
Cuando dejo de buscarme, Señor,
es cuando te encuentro.
Te encuentro en aquella orilla
que rompe ante mis pies sedientos,
desnudos de prejuicios y de cuentos.
Te encuentro en el transfigurado rostro
de los pobres que pones, como hermanos,
en mi agrietado firmamento,
para que te acoja en ellos
y en ellos se renueven los anhelos
que sembraste, hace tiempo,
en este malherido pecho.

ORACIÓN DE LOS FIELES (preces)

1. Por la Iglesia y por nuestra parroquia. Para que el Espíritu de Dios la ilumine y la guíe, de manera que sea un faro luminoso para los que andan en la oscuridad. ROGUEMOS AL SEÑOR.
2. Por los que buscan un sentido a sus vidas. Para que encuentren en nosotros una luz que les ilumine y la sal necesaria para dar sabor a sus vidas. ROGUEMOS AL SEÑOR.
3. Por todas las personas que en este tiempo de invierno sufren por causa de la extrema pobreza. Que encuentren en nosotros y en la sociedad, la ayuda que necesitan para hacer más dignas sus vidas. ROGUEMOS AL SEÑOR.
4. Para que dejemos al Señor tomar las riendas de nuestras vidas, sin dejarnos arrastrar por las modas y caprichos del mundo. ROGUEMOS AL SEÑOR.
5. Por los hermanos que han dejado este mundo, para que sus almas descubran tras la muerte la misericordia de Dios y se dejen abrazar por su perdón. ROGUEMOS AL SEÑOR.

HOMILÍA

Cuando uno se asoma a la gran ventana del mundo y contempla a las gentes con las que compartimos el tiempo y la historia, es imposible no sentir una profunda herida en el corazón: es el grito de los pobres, de los hambrientos, de los sin techo, de los desnudos, de esa masa ingente que de vez en cuando asoma por nuestras pantallas o se cuelan en nuestra vida cotidiana tiñendo de amargura el horizonte feliz con el que se nos quiere hacer creer que “todo va bien” o que “estamos en el buen camino”.

Para una minoría de cristianos, esos rostros que en silencio claman justicia, no son desconocidos; se trata de aquellos que no se han cerrado a su propia carne, sino que han sabido salir de sí mismos para iniciar un camino que lleva a las cruces y pesebres de la historia. En la antesala de ese compromiso estamos muchos: los mediocres, los que hemos pronunciado un “sí” a medias sin acabarnos de creer del todo la Palabra de Dios.

¿Cómo es posible que siendo los cristianos en el mundo más de mil millones, no brille la justicia en la tierra con más claridad? ¿Cómo es posible que incluso esas situaciones enquistadas de injusticia se estén dando precisamente en muchos países con larga tradición cristiana? ¿Cómo es posible que sean precisamente algunos cristianos los más acérrimos defensores de las políticas que tienen a construir muros para protegerse, antes que puentes o caminos para encontrarse?

Tal vez, a pesar de llamarnos “cristianos” hayamos envuelto el Evangelio en un bonito papel de regalo sin atrevernos a abrirlo todavía. De alguna manera, el Evangelio sigue sin estrenar. Aquellos llamados a hacerlo brillar puede que sigamos empeñados en agrandar los problemas pequeños, reduciendo al mero asistencialismo o a la “beneficencia” situaciones dramáticas que hunden sus raíces en la injusticia, la desigualdad o las estructuras de pecado de una sociedad que se construye de espalda a los más pobres.

Entre la gran clase media en la que la mayoría de cristianos nos encontramos, hay poco lugar para palabras como “justicia” o “compromiso”; nuestros problemas suelen ser cada vez más de tipo psicológico y relacional, fruto de unos mundos cada vez más estrechos y limitados, de relaciones personales inmaduras abocadas a conflictos estériles que nos hacen sufrir inútilmente.

Contra el lastre de una vida de fe cimentada en la rutina, Isaías nos propone la creatividad de un camino que garantiza la auténtica felicidad: no cerrarse a la propia carne, siendo permeables a los pobres para que traspasen la frontera de nuestras ideologías y teorías con las que nos atrincheramos, manteniéndonos en un aparente espacio “seguro” sin atrevernos a cruzar a la otra orilla.

El servicio a los pobres ha de ser un verdadero camino espiritual que afecta a la propia vida, cuestionando nuestra conducta para modificar, lenta pero inexorablemente, nuestras actitudes y hábitos, configurándonos como seres humanos más en coherencia con el Evangelio. Porque los pobres no son sólo un problema, sino también una oportunidad de conversión y acercamiento al Señor. La relación con ellos no consiste en un compromiso moral reducido a la beneficencia, sino en una verdadera espiritualidad que hace del encuentro con las realidades sangrantes de este mundo un lugar teológico, una oportunidad de encontrarnos con Dios mismo, tan presente en la Eucaristía como en la vida de los pobres y marginados que habitan los pesebres y cruces de la historia.

Como Isaías nos dice, para que nuestra luz brille y la felicidad se abra paso en nosotros, la justicia debe ir por delante. La pena o la simple lástima (provocada por el sentimentalismo y la hiper emotividad tan fomentada hoy día), no generan justicia, sino que enquistan las realidades injustas, pretendiendo curar con aspirinas o tiritas las venas abiertas por los cuchillos del mal que están degollando a nuestros hermanos más vulnerables.

Lo que se propone, por tanto, no es un camino de ida y vuelta. Cuando se siente la llamada de Dios a dejar la propia tierra ya no hay marcha atrás; es una llamada que nos hace mirar siempre hacia delante, tendiendo puentes entre mundos desconectados. Ninguna de las dos orillas de ese puente es buena: la nuestra es fuente de opresión, manantial de miedos y cantera de desesperanzas; la otra orilla es la antesala del infierno de la que los pobres tratan de huir cruzando alambradas o jugándose la vida en pateras, “asaltando” terrazas de cafeterías para mendigar unas monedas o extendiendo sus manos a las puertas de los templos.

La caridad puede empezar en un voluntariado, pero el verdadero voluntario no tiene tiempos ni espacios acotados para la caridad, sino que hace del amor (la caridad) un estilo de vida. Nadie debería volver a su orilla como si lo que ha experimentado en la orilla de los pobres no le hubiera afectado y no condicionara para nada su estilo de vida acomodado. El verdadero voluntario ya no vuelve a su vida anterior, sino que se convierte en camino y puente para que unos y otros se encuentren, haciendo del encuentro y del camino su nuevo hogar.

Así se entienden las palabras de Isaías: cuando vestimos al desnudo, no es necesario que nos desnudemos, sino que aligeremos nuestras pesadas maletas y cebados armarios, librándonos de las modas y de los caprichos siempre innecesarios. No se trata de desnudar un santo para vestir a otro, sino de compartir lo que a unos nos sobra para vestir al desnudo que nada tiene.

Cuando cobijamos al que no tiene techo, no renunciamos a nuestro derecho a un hogar, pero hacemos que nuestras casas dejen de parecer cárceles repletas de video cámaras, alarmas o rejas de seguridad, para convertirlas poco a poco en un lugar de encuentro. O cuando damos de comer al hambriento y de beber al sediento, no se trata de que nosotros nos quedemos con hambre o sed, sino de hacer realidad el ayuno que abre a la compasión.

En la primera parte del texto de Isaías se habla de estas tres acciones, pero al final se ahonda más reconociendo que esos “actos” de amor a los pobres sólo son posibles si socorremos al primer pobre, al que tenemos más cerca: a nosotros mismos, pues nuestros egoísmos, miedos o dudas no dejan de ser nuestra propia pobreza. Por ello, hay que trabajar nuestro corazón para desterrar la opresión de nuestras almas, aquella que empieza simplemente por la acepción de personas, las envidias, resentimientos e incluso los odios. Hay que borrar el gesto amenazador. Si así lo hacemos, habremos dado el primer paso para que nuestra luz brille. Seremos más pobres ante los hombres, pero más ricos ante Dios.

Aun así, hay que advertir de otro peligro: muchos cristianos se han roto interiormente intentando hacer un compromiso por sus propias fuerzas. Es inútil, no se puede. El corredor de maratón no puede correr 42 kilómetros en el primer entrenamiento. No se trata de adoptar posturas maximalistas, tan exigentes que nos quiebren interiormente.

¿Cómo discernir unas opciones buenas de otras destructivas? Es bien simple: las buenas opciones nos llenan de vida, alegría y esperanza desde el primer momento y compromiso, por pequeño que sea; por el contrario, las opciones basadas en la auto exigencia sólo pueden sembrar en nosotros mal humor, depresiones, actitudes hostiles, ansiedad o un rigorismo destructivo.

San Pablo lo entendió así y así se lo hizo ver a sus discípulos de Corinto. Él no fue un misionero que basó su apostolado en sus propias dotes personales; más bien parece que no era buen orador y que su forma de hablar era brusca, fruto de un temperamento airado. Sin embargo, para él, esa debilidad se torna en fortaleza cuando es reconocida y asumida. Cuando hacemos una opción decidida en favor de la Justicia, hemos de hacerla sin confiar en nuestras propias fuerzas, siendo conscientes de que toda gracia viene de Dios. Por ello, quizá la primera regla espiritual para seguir a Jesús es aprender a desprenderse de las propias seguridades, soltando el lastre de nuestras “mochilas” para que el caminar sea más ágil y ligero. Ser “sal y luz” del mundo no es ponerse en el centro para que todos nos vean. Isaías nos dice que delante de nosotros irá la Justicia, pero detrás la “gloria de Dios”, no la nuestra. Los protagonismos hacen mucho daño, pues la alabanza de los hombres ha de ser siempre hacia Dios. Si nos convertimos en los únicos protagonistas de nuestras buenas acciones estaremos siendo cuerpos opacos que impiden que los demás puedan ver a nuestro creador.

Al igual que la mucha sal echa a perder la comida o la mucha luz deslumbra y ciega, hemos de medir nuestros pasos procurando no estirar más de la cuenta el texto del Evangelio de Mateo. La sal no se ve, pero hace sabrosa la comida. La luz tampoco se ve, pero hace que todo sea visible. Una fe que se esconde es una fe inútil. Una fe sin obras de justicia es una falsa fe.

Rompamos de una vez todo aquello que tiñe de excusas nuestras vidas y pongámonos en camino, un camino que nos lleve hasta el encuentro con Cristo pobre. Sólo así nuestras vidas brillarán y desaparecerán nuestros miedos y vacilaciones. Es un camino largo; pero es gratificante saber que Dios sólo nos pide el gesto de ponernos en marcha; Él mismo, con la fuerza de su Espíritu, se encargará de alentarnos cada día empujándonos hacia la construcción de un mundo más fiel al Reino de Dios. Hagámonos amigos y aliados de los pobres en sus causas justas; que nuestra pobreza sea nuestra primera alidada para estar más cerca de Dios, dando más luz y más sabor a este mundo.